El cuarto golpe del bastón

Por Shyvirelle

El primer golpe llegó cuando Nerea todavía tenía las manos blancas de polvo. Había pasado la tarde repasando las letras de una lápida pequeña, bajo el techo de zinc del taller que daba al cementerio. A esa hora, la luz rozaba la piedra y permitía distinguir las imperfecciones: una raya en la e, una mancha de cal junto a la fecha. Lo demás era silencio.

Un anciano esperaba en el banco del sendero norte. Se llamaba Isidro; Nerea lo sabía porque llevaba un mes preguntándole por el horario de cierre, como si el cementerio cambiara de hora cada miércoles. Tenía un bastón de madera oscura y lo apoyaba sobre las losas antes de levantarse. Esa tarde hizo tres golpes suaves, muy juntos, mientras ella recogía los paños.

—¿Va hacia la puerta? —preguntó.

—En cuanto termine esto.

Isidro miró el tramo que descendía entre los cipreses. Más allá del banco, el camino acababa contra un muro bajo. Para salir había que volver sobre los propios pasos y tomar la bifurcación de la fuente.

—Puedo esperar —dijo él.

Nerea quería adelantar el trabajo. Pensó que la puerta estaba a menos de diez minutos, que Isidro conocía el lugar mejor que ella. Entró en el taller a dejar una herramienta y, al salir, lo encontró todavía sentado.

—Siga usted. Yo voy detrás.

Lo dijo sin mirar y se alejó hacia la fuente. Detrás de la piedra que estaba puliendo sonó otro golpe de bastón. Solo uno, más seco que los tres primeros. Al volverse, el banco estaba vacío.

El jueves llegaron dos hermanas con flores envueltas en periódico. La mayor preguntó por una sepultura. La menor llevaba un bastón de aluminio y, mientras hablaban con Nerea, apoyó la punta tres veces sobre el suelo de grava.

Nerea les indicó la esquina de los cipreses. Vio alejarse a la hermana mayor sin volver la cabeza; la otra se había detenido a ajustar la cinta de las flores. Sonó el golpe seco detrás de la lápida.

Nerea no miró hacia el taller. Se quedó junto al banco. Desde allí, la senda del norte parecía seguir más allá del muro. No era un hueco ni una puerta: había simplemente otro tramo de losas, iluminado por el sol, con cipreses que ella no recordaba. Dos palomas caminaban sobre aquel suelo inexistente.

—Por ahí no —advirtió a la hermana mayor.

La mujer levantó el brazo sin darse la vuelta. Ya había tomado el sendero que no figuraba en los planos.

Nerea corrió hasta ella. Antes de alcanzarla, tropezó con el borde áspero del muro, exactamente donde siempre había estado. La mujer, en cambio, se detuvo a un paso de la piedra, sorprendida de que la senda desapareciera bajo sus zapatos. Cuando las dos miraron hacia atrás, las losas añadidas ya no se veían.

—Pensé que era la salida —dijo la visitante.

—No lo es.

Nerea acompañó a las hermanas hasta la fuente. No les habló del cuarto golpe. Había demasiadas cosas que no podía demostrar y una que sí: desde el banco no se debía confiar en el camino.

Esa noche dejó una marca de tiza junto al final verdadero de la senda. A la mañana siguiente, la marca seguía allí. Al sentarse en el banco, vio el muro, limpio y continuo, sin palomas ni losas del otro lado.

El viernes llevó una libreta. No para anotar nombres de difuntos, sino sonidos. A media mañana pasó un jardinero arrastrando una carretilla; se fue sin volver la cabeza y no ocurrió nada. Una pareja de visitantes hizo lo mismo. Tampoco.

A primera hora de la tarde llegó el cuidador de la capilla con su bastón de fresno. Nerea le pidió que esperase junto al banco, a la distancia de una conversación.

—¿Le pasa algo al suelo? —preguntó él.

—Quiero recordar cómo suena esa punta sobre la piedra.

El cuidador dio tres golpes. Nerea los contó en silencio. Luego él se encaminó hacia la fuente y volvió la cara para despedirse. No hubo un cuarto. En el banco, el sendero continuaba acabando en el muro.

—Hoy escucha las cosas con mucho cuidado —comentó el cuidador.

—Ayer escuché demasiado tarde.

Todavía no sabía si era el bastón, la despedida o el hecho de estar cerca. Un chico con auriculares pasó por la senda y empezó a golpear tres veces con una rama. No sonó nada cuando se fue. Desde el taller, Nerea oyó los golpes de la rama apenas como un roce; además, aquel chico no había estado junto a ella ni junto a nadie que pareciera escuchar.

A última hora, una visitante de pelo gris llegó con una bolsa de pan para los pájaros. Se llamaba Elvira y utilizaba un bastón plegable. Nerea estaba a su lado cuando Elvira dio tres golpes para sacudirse tierra de los zapatos. Una muchacha que esperaba en la bifurcación llamó a Elvira, dio media vuelta y comenzó a alejarse sin mirar atrás.

El cuarto golpe salió de detrás de la lápida pequeña.

Nerea vio aparecer desde el banco una curva nueva, un desvío que bordeaba la pared en vez de chocar contra ella. La muchacha dio un paso hacia allí. Nerea alcanzó a gritarle:

—¡Señorita, mire aquí!

La muchacha se volvió. La curva se cerró como se cierra una puerta sin bisagras: no hizo ruido, no movió el aire, solo dejó el muro a la vista. Elvira seguía allí, con el bastón quieto entre las manos.

—¿A quién llamó? —preguntó.

—A quien se iba.

Nerea escribió en su libreta: «Tres golpes cerca de alguien que oye. Después, alguien se marcha sin darse la vuelta. Cuarto golpe. Desde el banco, parece que se puede seguir». Subrayó *parece*. No había encontrado un camino nuevo; había encontrado una manera de no ver dónde acababa el viejo.

El sábado, una mujer llamada Olga llegó cuando la neblina comenzaba a caer. Traía un ramo sin flores, solo hojas oscuras, y un bastón de madera barnizada. Buscaba una lápida donde estaba inscrito el nombre de su hermano. Después de visitarla, aceptó sentarse un momento.

—Me duelen las rodillas al bajar —explicó—. Siempre me parece más larga la salida.

Nerea se sentó a su lado, dejando entre ambas sitio para el ramo. La mujer dio dos golpes con el bastón, hizo una pausa y dio el tercero. Nerea oyó claramente el ruido de la madera contra las losas. Detrás de ellas, un hombre cerró una puerta de hierro y comenzó a irse sin volver la cabeza.

Había una piedra apoyada en la pared del taller: la lápida pequeña, la misma que había pulido el miércoles. El cuarto golpe nació detrás de ella.

La niebla ocultó la fuente. Desde el banco, el camino se estiró hasta un árbol que no estaba allí, con raíces levantadas y un arco de ramas. Olga se incorporó.

—Por fin han arreglado ese paso —dijo.

—No han arreglado nada. Vamos por donde vinimos.

Nerea no quiso tirar de su brazo. Le ofreció el suyo y le pidió que mirase su rostro antes de avanzar. Olga lo hizo. Juntas giraron hacia la fuente. Al llegar a la lápida, Nerea señaló las tres marcas de barro que la punta del bastón había dejado en las losas.

—Uno, dos, tres —contó en voz alta—. Solo esos tres son suyos. El otro no lo siga.

Olga miró las marcas; sus pies recuperaron la dirección de la verdadera bifurcación. El arco de ramas desapareció detrás de ellas. Caminaron despacio hasta la puerta principal, donde el portero abría los paraguas de los visitantes que salían.

—¿Le esperan? —preguntó Olga.

—No. Hoy vuelvo sola.

Olga quiso agradecerle la compañía. Nerea se limitó a señalar la puerta, abierta y sin ninguna prolongación detrás.

Cuando regresó al taller, la niebla se había retirado del muro. Guardó su libreta y colocó la lápida pequeña contra la pared, con el nombre vuelto hacia adentro. Le quedaba una esquina por pulir y, por primera vez desde el miércoles, podía ver el final de cada trazo.

Al salir, sin embargo, vio que había alguien en el banco.

Era Isidro. Tenía el sombrero sobre las rodillas y el bastón de madera oscura entre las dos manos, exactamente como la primera tarde. La neblina no tocaba sus zapatos. No parecía enfadado ni sorprendido.

—He esperado —dijo.

Nerea se quedó en la bifurcación. La puerta estaba a su espalda; el banco, a unos veinte pasos. Desde donde ella estaba no podía saber si el camino terminaba en el muro.

Isidro levantó el bastón apenas un palmo.

—¿Va hacia la puerta? —preguntó otra vez.

Nerea no respondió enseguida. Se acercó lo bastante para escuchar, pero no para sentarse. Entonces Isidro apoyó la punta sobre la primera losa.

Un golpe.